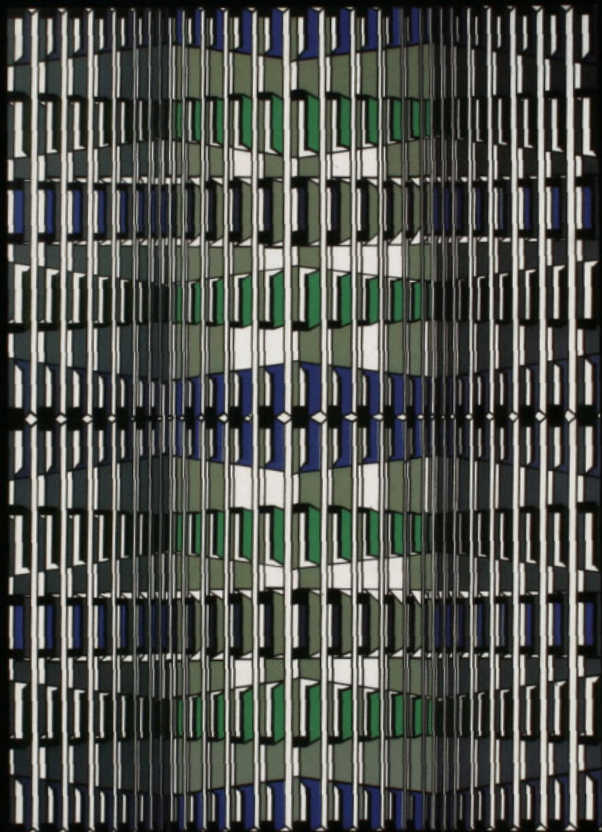


VISIONES GEOMÉTRICAS



Matilde Pérez Cerda

CRUCE CON EUROPA I

En la década más vertiginosa del siglo, Matilde Pérez busca afanosa su experiencia visual y lo logrará. Chile va afrontar cambios importantes, como el mundo entero.

Cuando entregué mis documentos para la beca, la secretaria me advirtió que tenía muy poca chance, porque la presentación exigía 35 años como máximo y yo estaba pasada dos. Le pregunté si había algún problema en entregar mi presentación. A pesar que me reiteró que tenía muy pocas posibilidades, la dejé de todas maneras. Estaban comenzando a aparecer los nombres de diferentes becados y el mío no figuraba, cuando el Agregado Cultural francés me llamó para decirme que él iba a insistir en mi nombre, porque la situación le sorprendía, ya que de toda la lista de becados era la única que estaba presentada como profesora de Cátedra, con muy buenas recomendaciones, y también como artista. Esto fue definitivo para que me dieran la beca. Salieron fotografías en El Mercurio mostrando la sede del Instituto Chileno Francés de Cultura, donde fueron despedidos por el Agregado Cultural de la Embajada de Francia los becados del año universitario 1960 - 1961, con la asistencia del Presidente del Instituto, señor Francisco Walker Linares, y el Directorio de la Asociación Universitaria Franco Chilena. Entre los diferentes agradecidos había algunos con beca universitaria: María Laura Palma, profesora de filosofía; Francisco Walker Errázuriz, abogado; Matilde Pérez y Mario Toral, artistas plásticos. El Agregado Cultural, señor Alphonse Creach, estuvo presente durante el cóctel en honor y despedida del grupo.

Fue para mí muy impresionante obtener esa beca en Francia. Buscaba desesperadamente encontrar un nuevo camino en mi pintura. Ya estaba abandonando la realidad definitivamente y me adentraba en la geometría, pero necesitaba saber si mi nuevo camino me conduciría a algún punto interesante que me compensara el abandono de algo que me resultaba bien, que tenía éxito. Era un cambio por una posibilidad incierta.

Mi hermano menor, Jorge, vio las fotos de El Mercurio y le avisó a sus hermanos, quienes al saber de mi viaje vinieron especialmente a verme. El primero fue mi hermano mayor Ismael, su señora Ruth del Río y sus dos niñas, Patricia

y María Cecilia. Más tarde llegó mi hermana Marta, con su marido Antonio Vodanovic y uno de sus niños. Para mí esto fue muy importante, pues luego de la separación de mi padre casi no habíamos vuelto a vernos. En ese tiempo yo vivía con mi abuela, tíos y primos. Verlos aparecer por mi próximo viaje para despedirse, nos acercaba de nuevo, nos permitía escribirnos, y desde entonces hemos mantenido una relación de hermanos.

En la tarde del 5 de noviembre de 1969 me despedía de Gustavo y de mi hijo, para trasladarme al Aeropuerto de Cerrillos. Gustavo hizo el último esfuerzo para convencerme del peligro de ese viaje en avión, que a él no le gustaba. Decía que había visto algo y que sólo era una línea rosada. No le di mayor importancia y parti muy tranquila a mi vuelo. El viaje consistía en una parte aérea, el tramo Santiago - Buenos Aires, y de esta ciudad se iniciaba la segunda parte, un viaje en barco hasta Barcelona.

Recojo una noticia del diario en 1961, el Grupo Rectángulo celebra el cuarto año de sus Salones Anuales. Ahí presentan Mario Carreño, Luis Di Harce, James Smith, Elsa Bolívar, Waldo



Al fondo el Teatro de la Ópera, París.

Vila, Ramón Vergara Grez y la escultora Isabel Sotomayor. Matilde Pérez, becada a Francia, no pudo estar presente, pero facilitó un cuadro para la exposición.

Llevábamos como una hora de viaje cuando me llamó la atención, mirando las cadenas de cordilleras, observar en unas de ellas unos rayos, según mi parecer muy hermosos. No me afectaban en nada, pues el avión iba a mucha altura. Miraba los



En el barco rumbo a Europa, 1960.

rayos sólo como curiosidad, pero no supimos cómo ni en qué momento nos encontramos cercados por una tormenta eléctrica de la que no podíamos desprendernos. Era pavoroso, el avión se iluminaba con los rayos. Subíamos a bastante altura para bajar a la misma velocidad, sin lograr avanzar. Así estuvimos horas y lo único que podía pensar era que mi viaje a Europa terminaría en un picacho de la cordillera y dándole toda la razón a Gustavo, que temía por el viaje. Pero por fin logramos salir de esa pesadilla, que según José Bohr, el Director de Cine, quien de costumbre acompañaba al piloto en su cabina, en sus continuos viajes prácticamente semanales, era la primera vez que le tocaba algo tan angustiante. El piloto fumaba sin parar, estaba lívido tratando de salir de la tormenta eléctrica. Llegó varias veces hasta Antofagasta sin resultado y, cuando ya casi no quedaba combustible, logramos salir de la tormenta. Algo nos ayudó y logramos llegar hasta Buenos Aires, pero acompañados de rayos y truenos. La micro no pudo llevarnos hasta el hotel, sólo encaminarnos. Ya eran casi las dos de la mañana y habíamos salido de Santiago cerca de las seis de la tarde. Con mi nueva amiga acordamos bajarnos juntas e ir al hotel que nos quedaba más cerca, a dos cuadras por los menos. Como las dos teníamos un viaje a Francia llevábamos bastantes bultos, más de dos maletas cada una, y llovía sin parar, con rayos y truenos, no nos quedó más remedio que empujar de a poco las maletas hasta que logramos llegar empapadas al hotel.

Antes de poder embarcarnos debíamos estar dos días en Buenos Aires. Conocí una chilena casada en Argentina con el pintor Eugenio Abal. Éste se propuso que conociera la ciudad en esos días y de común acuerdo pasaba a buscarme a las nueve y media al hotel. De ahí no parábamos hasta el término de la mañana, que me llevaba a su casa y su señora nos esperaba con un sabroso almuerzo. En la tarde continuaban los recorridos a distintos lugares, entre ellos galerías, museos, talleres de artistas. Volvía al hotel cerca de la una o dos de la madrugada. En Chile estaban muy preocupados por mí, pensando qué haría sola esos días. Una alumna de mi marido era casada con el General Espinosa y éste tenía un hijo con un puesto en el Consulado Chileno en Buenos Aires. Su padre le encargó que se preocuparan de mí por lo sola que iba a estar. Me llamaron por teléfono a distintas horas, hasta en la noche, y no me encontraban nunca. No se

podían explicar qué hacía. El día que salía el barco se instalaban en la puerta del hotel para conocerme y para asegurarse que no perdiera el barco, y fue una bendición, pues yo venía atrasada por las dificultades con el tráfico. Subieron de carrera mis maletas y tuvieron que llevarme sumamente rápido, porque el puerto estaba a cierta distancia. Cuando llegamos a embarcar el barco estaba listo para salir. Apenas tuve tiempo para despedirme y agradecerles la voluntad que tuvieron de esperarme, ya que gracias a que era el auto del Consulado pudimos ir a bastante velocidad y alcanzar a llegar y no perder el barco.

Cuando quedaban pocos pasajeros a bordo empezaron a llamar a María Pérez, que la necesitaban para la revisión del pasaje. Mientras esperaba la salida del barco me senté en una de las escalinatas que daban a la cubierta, pero me llamó mucho la atención la insistencia con que llamaban a María Pérez, me levanté y me acerqué a la entrada. Se sorprendieron al verme, me preguntaron por qué no me presentaba, pero yo les contesté que ese no era mi nombre. El motivo real de la llamada era que había un tripulante uruguayo que quería conocerme y saber si yo sería su pariente en Chile. Lamentó que no lo fuéramos, pero me dejó muy bien recomendada para que me atendieran bien en el barco.

El viaje fue en un magnífico barco italiano que se llamaba "Julio César". Al hacer la ruta por el Atlántico sólo demoraba quince días, mientras que los que se dirigían por el Pacífico ocupaban un mes o algo más, porque tenían que atravesar el canal de Panamá. Nos tocó una mesa muy central en el comedor y quedamos juntas con mi amiga Laura. Ella se hizo amiga de otra chilena que iba en el mismo camarote y se agregaron a nuestra mesa dos italianos que volvían a Europa. Estos trabajaban en la embajada como funcionarios y había dos más que al parecer eran amigos de los italianos.

En total, éramos seis compañeros de mesa. Nos hicimos amigos y prácticamente pasábamos juntos. Llegamos a Santos, el puerto cercano a Sao Paulo. Y después conocimos Río de Janeiro, sus playas, el Pan de Azúcar y diferentes lugares. El paseo duraba como seis horas, lo que demoraba el barco en cargar y descargar. Los italianos aprovecharon de comprar café en Santos. El olor

a café era muy intenso. Ellos aprovecharon de llevar unos cuantos kilos. Fuera de pasearnos unas horas, a los italianos les interesaba llevar unas cuantas piedras preciosas que en Brasil, según ellos, eran muy baratas y muy fácil de vender a buen precio en Italia.

Nos acercábamos al Ecuador y teníamos que festejar el paso por el trópico celebrando al Dios Neptuno, pues formábamos parte de la gran familia marinera. Yo fui parte del reino de la Stella Marina. Por la delegación de Neptuno el Gran Canciller y el Comandante a bordo del "Giulio Cesare", invitaban el 15 de octubre de 1960, según el catálogo.

Programa del día: 7.30 horas Priam colazione; 10.00 horas Battimo dei Neofiti; 12.00 horas Seconda Colazione; 16.30 horas Giouchi Equatoriali; 19.00 horas Pranzo di Gala Equatoriale; 22.00 horas Gran Ballo di Gala, Gran concurso in Costume Fantasia.

Seguimos durante una semana en alta mar. Sólo teníamos en el horizonte el mar, hasta que llegamos a Gibraltar y entramos en el Mediterráneo. Seguimos hasta llegar a Barcelona. Al desembarcar me esperaba un primo de José Balmes, pero mis colegas y amigos no querían despedirse de mí hasta no llevarme junto con ellos a un local donde las piernas de jamón colgaban del techo. Era un local exclusivamente de jamón. Nos sirvieron unos trozos realmente excepcionales. Lo simpático que a todo esto el primo de Balmes no quiso dejarme sola, ya que yo no conocía Barcelona.

Nos despedimos de mis amigos del barco y ellos siguieron en el recorrido hasta llegar a los puertos donde tenían que desembarcar.

Balmes me llevó a la casa de sus padres, que me invitaron almorzar, pero algo que me sorprendió fue cuando el papá se puso a tomar vino. Tomaba la bota en sus manos y a una distancia de por lo menos medio metro de su cuerpo. Bota se llama al típico envase de cuero. Levanta ésta y empieza a tomar el vino con la boca apenas entreabierta y le caía justo en la abertura, sin derramar ni una gota. Yo no me atrevía, pero se me iba la vista a pesar de que trataba de no mirar.

Estuve dos días en Barcelona. Me encantó la ciudad, las ramblas, el barrio gótico.

Fui a conocer el palacio de la Virreina. Fue mi primera visita recién llegada a Barcelona. Había unos pocos cuadros, era una museo con diferentes obras. Había uno que me impactó, que era de Filipo Lippi, y era primera vez que veía un original. Me produjo una gran emoción y con mucha discreción traté que no se me notara que quería asomarse unas lágrimas. Para mí siempre había sido un pintor que admiraba y me maravillaba ver el tratamiento en sus cuadros de la blandura de su piel.

En esos días que estuve con Balmes me paseó por todos lados. Me llevó a locales nocturnos, donde iban artistas. Fueron dos días agotadores. Nos compramos ambos un número de la lotería, pero no nos sacamos nada. Nos despedimos, y yo viajaba a París para integrarme definitivamente a mis estudios.

Mi amiga Laura se vino en el barco hasta Cannes, y de ahí pasó a conocer Carcasone. Recorrió la ciudad y tomó el próximo tren a París.

De Barcelona me vine a París y llegué en los primeros días de noviembre. Laura, cuando supo de mi llegada, me fue a buscar al tren y me llevó al hotel donde estaba alojada, mientras nos daban el cambio de hotel definitivo. Llegué a París el 1 de noviembre de 1960 y mi beca duraba hasta el 31 de octubre de 1961. Junto con mi amiga Laura compartíamos muchas cosas y teníamos mucha afinidad, a pesar de tener estudios tan diferentes, ella filosofía y yo arte. Esta amiga ha durado años, aun cuando en el último tiempo nos vemos poco, pero la siento igualmente cerca.

Al llegar a París tenemos que asistir a las diferentes ceremonias con que se recibe a los becados.

El Rector de la Universidad de París invita para el viernes 4 de noviembre de 1960 a la ceremonia que tendrá lugar en el Gran Anfiteatro de la Sorbonne.

El director del recibimiento a los becados extranjeros me ruega hacer el honor de ir a la casa de América Latina el 18 de enero (Boulevard Raspail 96).

GRAND AMPHITHÉÂTRE DE LA SORBONNE

4 novembre 1960

SÉANCE SOLENNELLE DE RENTRÉE

EN PRÉSENCE DE MENSIEUR LE MINISTRE DE L'ÉDUCATION NATIONALE.

Republique Française.

Liberté - Egalité - Fraternité

Ministerio del Estado de Asuntos Extranjeros.

Ministerio de Educación Nacional.

Luego nos cambiamos a la calle Feullantines, que estaba en el barrio latino, donde se situaba la mayor parte de las escuelas de medicina. En esta calle el tráfico era para ambos lados y nunca sabíamos cual sería la indicada. Cuando venían las micros, las mirábamos y las dejábamos pasar, por miedo a perdernos. Al fin optamos por andar a pie, pero ya estaba empezando a hacer bastante frío y llovía sin parar. Mi paraguas con el viento se daba vuelta y las puntillas no me servían para nada. En la pieza del hotel yo ya tenía dos abrigos estilando y pensaba dramáticamente como nos arreglaríamos para poder movilizarnos a los lugares que debíamos ir.



Toledo al fondo, ventas de alfarería en el camino.

Teníamos obligación de presentarnos a la policía internacional y no sabíamos cómo llegar a pie. Una chilena que estaba más tiempo en París nos hizo tomar un taxi y nos llevó a uno de los más grandes Magazines. Nos aperamos de todo, en primer lugar un buen impermeable, también un sombrero y unos bototos para la lluvia. Con esto ya estábamos en condiciones de movernos, pero el metro nos quedaba bastante retirado. Como oscurecía muy temprano nos dificultaba la llegada y no nos permitía llegar tarde. Esto nos duró varios meses, en los que me era imposible ir a las inauguraciones de pintura, pues la mayoría se realizan de noche, pasadas las nueve, tampoco asistir a los teatros. Esa ubicación me tenía muy al margen de lo que eran mis intereses artísticos.

El hotel al que pertenecíamos era solamente para becados de diferentes países. Habían muchos hindúes. Era un lugar no muy feliz para vivir. Nos tenían muy controlados los gastos, todo estaba controlado, todo estaba prohibido, aun el bañarse era con los minutos contados y se pagaba aparte. No había toilettes en las piezas, había que esperar el turno para ocupar uno. Las luces se encendían pasadas las cuatro o cinco de la tarde y en el invierno estaba bastante oscuro. Abajo, a la entrada justo frente a la puerta, la madame controlaba las luces de todas las piezas y si uno ponía una de más bujías para poder leer llegaban a golpear la puerta con bastante molestia. Nos encontrábamos con la palabra interdict, pero en oposición a todas estas dificultades a nadie le preocupaba la vida privada. Las luces de la escala permanecían apagadas y sólo funcionaban cuando alguien, al entrar, apretaba el botón para encender la luz de un solo piso. Esto hacía que costara mucho dormir, pues era común oír los topones de quienes llegaban intentando hallar el interruptor. Ello era de entrada como de salida, pues eran muchos los jóvenes que venían a visitar a sus amistades. Después se escuchaban las carreras por la calle para alcanzar a tomar el último metro. Otros u otras se quedaban hasta la mañana y ahí empezaban de nuevo las carreras para irse.

En víspera de año nuevo salimos de París en viaje a Madrid. Durante el viaje en tren era curioso, nadie hablaba con nadie, era un absoluto silencio, aun cuando fueran amigas. Llegamos a Irún, frontera con Francia, paró el tren y se bajaron todos los

pasajeros. Tuvimos una espera de más de media hora. Era la media noche. Empezaron a subir españoles y al cerrar las puertas del compartimiento en que íbamos, inmediatamente fue un jolgorio y así fue durante todo el trayecto, aun cuando no se conocieran, todos conversaban con todos y cada uno de temas personales. Llegamos a alojar a las monjas. Era muy agradable el convento y a las monjitas habían llegado también otras pensionistas, que igual que nosotras habían ido por estas fiestas. El convento tenía calefacción central, agua fría y caliente a toda hora, el almuerzo era bastante abundante y sano, era una comida de casa. Las madres estaban fascinadas con nosotras, porque les interesaba saber nuestras costumbres, nuestros gustos. Llegó otra chilena, también llegaron a alojar unas españolas que vivían en provincias y aprovechando las fiestas querían pasar estos días en Madrid. Nos pusimos de acuerdo para juntarnos y resolver nuestras salidas. Nos organizamos bien para aprovechar al máximo nuestro tiempo. Resolvimos día por medio salir en un tour a distintos lugares y el otro día por medio sería en Madrid. Resolvimos empezar por El Escorial. Prácticamente fue todo el día. Visitamos los mausoleos o panteones con las maravillosas esculturas representando a los Reyes de España, entre otras la escultura de Juan de Austria, que es realmente una bella cabeza. En unas grandes salas o Palacios hay hermosas pinturas. Todas son obras maestras y entre éstas me impresionó mucho un Cristo con una vestimenta roja de cuerpo entero frontal, rodeado de figuras y con la mano sobre el pecho. Es una pintura de gran tamaño, pintada por El Greco. El Escorial lo recorrimos entero, a pesar del frío que nos tenía encogidas. El edificio es de piedra y los subterráneos son congelantes. En la Catedral también se siente el frío. En el segundo piso a mano derecha había una ventana que daba al dormitorio del recordado rey y desde esa ventana oía la misa casi todos los días. Volvimos en la tarde, ya bastante cansadas. Tomamos el tren. El tren en España se llama RENFE del Escorial. Íbamos muy cerca de la hora de comer. Las monjitas se fascinaban oyendo nuestras impresiones del viaje y esperaban las historias que tendríamos al día siguiente. Nos tocaba conocer el Palacio Real. Era realmente interesante conocer los aposentos reales. Éstos estaban cerrados al público. Los muebles eran excepcionales, las lámparas enormes de cristal acarar. El guía le daba mucha importancia a las lámparas, se mostraba muy orgulloso de la famosa industria. Estaban

prácticamente en todos los castillos, eran las lágrimas de cristal barcarat de la famosa industria La Granja.

Nos tocaba nuevamente tomar un tour para ir a Toledo, una pequeña ciudad, pero excepcional. Recorrimos sus calles, todo está cerca. Empezamos por ver la Catedral, que tiene en uno de sus muros el famoso "Entierro del Conde de Orgaz", una de las famosas obras del Greco. Está pintada en la parte superior, con una gran libertad, una pintura representando a la Virgen, mientras en la parte baja está una serie de retratos de diferentes personajes maravillosamente bien pintados, abajo un obispo y un diácono llevando en sus brazos al Conde. Seguimos nuestra visita con la casa del Greco, otra maravilla. Una casa que para mí resulta tan acogedora, su entrada, el estudio, etc. Seguimos con la Portada de Santa Cruz, una calle típica, y al fondo la Catedral; la sinagoga del Tránsito, el claustro de San Juan de los Reyes.

Volvemos al convento a comer y descansar para continuar al día siguiente con Madrid. Tenemos como objetivo principal visitar el Museo Nacional de El Prado, que es uno de los más importantes museos por la notable selección de obras. No es tan grande, pero lo que tiene es de lo mejor. Empezaremos por señalar que de Velázquez está casi la mayoría de lo que pintó, o sea, que visitar el Museo Nacional de El Prado significa conocer a Velázquez. Entre sus obras nombraremos: Las Meninas y el retrato del príncipe Baltasar Carlos. De El Greco: Cristo abrazado a la Cruz. De El Bosco: El Jardín de las Delicias. De Goya: Autorretrato. De Rubens: Las Tres Gracias. Y podríamos seguir enumerando otros grandes artistas.

Nos queda recorrer la ciudad. Mencionaremos sólo algunos lugares: La Plaza Mayor, La Fuente de Cibeles, Palacio de Comunicaciones, Plaza de Toros, Plaza de España, La Gran Vía, etc.

Una de las razones que motivó el viaje fue salir de París para no estar solas sin conocer a nadie en estas fiestas y lo resolvimos bastante bien, porque con el grupo que participamos nos pusimos de acuerdo para pasar el Año Nuevo en un Tablado de Flamenco. Le pedimos a las monjitas que nos permitieran salir

esa noche. El único inconveniente que pusieron fue que ellas cerraban por costumbre a las ocho de la noche, por consiguiente nosotras no podríamos entrar hasta las ocho de la mañana, Aceptamos resolver nuestro problema lo mejor posible,

El 31 de diciembre salimos del convento cuatro chilenas y las españolas, muy simpáticas, comunicativas y muy arregladas para ir al Tablado de Flamenco. Teníamos nuestra reserva de mesa como todo el mundo. Para esas fechas está repleto, pero nuestra mesa tenía muy buena ubicación y visibilidad. El tiempo pésimo, un frío con varios grados bajo cero, pero el lugar, como todo en Europa, muy bien calefaccionado. Llegamos cerca de las once y media de la noche, nuestra mesa estaba disponible y nos instalamos dispuestas a disfrutar del programa que se nos empezaba a ofrecer.

Nosotras las chilenas jamás habíamos visto este tipo de bailes. Para las españolas esto era conocido, sin embargo lo disfrutaban igualmente. Tratamos de durar lo más posible, pero a pesar de lo bien que estábamos y de las bebidas y de algunos tragos prudentemente tomados, el cansancio fue apoderándose de nosotras. No sabíamos qué hacer, no teníamos dónde estar, hasta que una se acordó que casi al lado del convento había un hotel bastante de segunda, pero que nos permitiría estar bajo techo. Llovía muy fuerte y fue imposible conseguir un taxi. En vista de esto no nos quedaba más remedio que andar a pie hasta el hotel. No era muy cerca, pero no imposible de llegar. Qué felicidad cuando llegamos. No tenía pasajeros y nos ofrecieron la pieza más grande que disponían, para que cupiéramos todas.

En fin, ya era algo, pero nos comenzamos a congelar, pues no tenían ningún tipo de calefacción. Nos amontonamos de a dos en cada cama y lo único en que pensábamos era en la hora para irnos a las monjas. Recordábamos lo bien y calientitas que estábamos en las monjas. Para qué pensar en dormir. Llegó un momento que miré el suelo y vi una gran alfombra y gruesa.

Tenía bastante tierra y parece que hacía mucho que no la barriaran, pero en las condiciones en que nos encontrábamos nada nos importaba. Estábamos mojadas con la lluvia. Era peor que estar en un refrigerador y rogábamos no enfermarnos. Como

todos los plazos se cumplen, vimos con gran felicidad cuando las puertas del convento se abrieron y pudimos abandonar el mal recuerdo de esa noche en ese sucio y abandonado hotel. Pudimos por fin ingresar al convento, bañarnos, abrigarnos y tener un sueño reparador.

Sin embargo, y a pesar de todas las dificultades que tuvimos al volver y dando gracias de no enfermarnos, le guardamos el mejor recuerdo a ese Año Nuevo en el Tablado de Flamenco. También viaje con recelo a Alemania días antes de la aparición del muro de Berlín, a Inglaterra y finalmente a Italia.

Al volver a nuestros estudios, conseguimos que la directora de las becas se interesara por nuestra realidad, que era diferente a la de los demás. Conseguí que a Laura y a mí nos cambiaran a un hotel que no era de becados, pero que estaba cerca de la estación del metro Montparnasse.

Viví una vida más interesante al relacionarme con las galerías, museos y exposiciones, y empecé a recorrer las distintas academias de arte. Visité "La Grande Chaumière", pero el profesor iba sólo una vez a la semana y el ayudante otro día.



Partida de Santos, rumbo a Barcelona.

Cada uno hacía un comentario y se iba. Los alumnos quedaban a su suerte toda la semana. Siempre he pensado qué será mejor: dejarlos a su suerte o nuestro sistema de Bellas Artes, donde todos los días hay clases, con continuas correcciones. Creo muchas veces que sería mejor para el desarrollo personal dejarlos libres.

Fui también a "La Sección de Oro", donde los cursos duraban seis años, pero me era imposible tomarlos puesto que mi beca sólo duraba un año. También estuve en la Academia de Colarossi, pero era más o menos equivalente a la Academia de "La Grande Chaumière".

Me quedaba la Academia de Andre Lothe. Me llevó Jorge Caballero y me presentó personalmente al artista, quien no tuvo problema en recibirme. Jorge Caballero había sido macier de Lothe, por consiguiente lo conocía bastante. Andre Lothe tenía la costumbre de usar jockey mientras hacía la clase, pienso que le molestaba la luz y eso le permitía un poco de sombra en sus ojos. El ayudante me insinuó que sólo se aceptaba entre sus estudiantes a los que hicieran la realidad geometrizada. Los absolutamente geométricos no se aceptaban, con lo cual quedaba descartada entre los posibles alumnos.

Al estar becada se me exigía como alumna la asistencia a alguna academia de arte y al no interesarme por las que ya había visitado, no me quedó más que hablar con mi amiga Marta Colvin y consultarle qué posibilidades tenía en otro lado. Ella se puso inmediatamente en campaña y logró contactarme con Berthol, que era un pintor de L' Ecole de París y que hacía clases de pintura en una academia de Artes Decorativas, ocupando sólo unas horas, y el número de estudiantes era cerca de quince.

Eran alumnos particulares, todos franceses. Dijo que disponía de tiempo. Era un pintor de tendencia informalista.

Al entrar al curso de Berthol y estudiar con él, me pareció interesante conocer otras posibilidades artísticas, otra visión, otra concepción, a pesar que en el fondo yo sólo me interesaba por la geometría. Mi amiga Marta pensaba que no tendríamos

problemas, a él parece que no le preocupaban mis inclinaciones geométricas. Teníamos que ir todos los días a una academia en la que él disponía de un espacio para enseñar. Esta academia era de diferentes ramos, especialmente arte aplicado. La directora nos visitaba todos los días para controlar nuestra asistencia y poder informar al profesor sobre nuestro trabajo. Berthol venía dos veces por semana, pero mantenía una información permanente.

Todos los alumnos trabajaban dentro del informalismo, algunos lo hacían bastante bien. Pero para mí el profesor me puso un modelo especial, era a la única a la que se le exigió. En este modelo trabajé durante todo el primer semestre, todos los días y siempre controlada por la directora, nunca falte a clases. El modelo era una naturaleza muerta, diferente a todo lo que yo había pintado hasta entonces. Usé un papel especial para óleo, porque no quise comprar una tela, pues me sentía mortificada al tener que, después de dos años pintando geometría, volver atrás con un modelo al natural. Este modelo tenía dos pequeñas alturas separadas entre sí. Éstas eran musgos verdaderos y, entre los espacios amontonados en la cubierta, pequeños palitos más algunas conchitas blancas separadas al azar. Al lado derecho, un patinado jarro de cobre antiguo con muy pocas ramas y, al lado izquierdo, un rollo de papel de diarios un tanto levantado, un poco al azar.

Llegó el momento de poner nota por el primer semestre. El profesor no se explicaba cómo podía haber trabajado tantos meses y parecía que apenas lo había tocado, además que le constaba que yo asistía permanentemente a clases y durante toda la mañana. Eso me permitió una muy buena nota. El certificado decía que era muy talentosa, ese era el resultado del primer semestre. Citó a todos los alumnos a su casa, para ver los últimos trabajos que habían pintado y le llevé un cuadro que había hecho por mi cuenta, que estaba prácticamente terminado. Era un cuadro con varios rectángulos azules, pero lo llevaba sin resolver una línea que no tenía claro cuál sería el lugar preciso. Le expliqué mi problema, mis dudas. A Berthol le pareció muy bien que no definiera tanto la línea, le parecía más interesante. Al darme esa explicación tuve la mala idea de contestarle que yo no deseaba hacer un arte de concesiones. Esto lo indignó no sólo a él, sino también a todos los alumnos,

los que me gritaban indignados al ver al profesor ofendido. Para mí fue terrible, no podía contestarle a todos y menos en francés, aunque lo hablaba lo suficientemente bien, pero no tenía un vocabulario más completo. El maestro se sintió muy ofendido, pensando que a mí no me interesaba lo que él hacía. Me costó mucho poderle explicar que su pintura me parecía muy bien, pero no para mí, que desde que lo conocí, le insistí que lo que a mí personalmente me interesaba era la geometría y que yo no había cambiado en mi búsqueda, que lamentaba la molestia que le había dado. Él me contestó que siempre pensó que con todo lo que me había enseñado yo habría abandonado la geometría y estaría en condiciones de seguir más adelante con la pintura informalista. Le expliqué que mientras más estudiaba sobre el informalismo más aprendía, por oposición, sobre la geometría.

A eso y cómo despedida me dijo: teniendo sus condiciones artísticas cómo es posible que le interese algo tan frío. A lo que le contesté que con mayor razón, que sólo una persona con mucha sensibilidad era capaz de realizarla. Lo último que me dijo fue: usted no tiene remedio.

En la noche me llamó mi amiga Marta Colvin por la barbaridad que había hecho, que me había peleado con L' Ecole de Paris y que no podría contar con ellos. Le dije: pero Marta, si esa no va a ser mi Ecole de Paris, ésta se encuentra en las finales, vendrá posiblemente otra Ecole de Paris.

Pol Fouchet creía que mi profesor Berthol hacía pinturas que alegran y otras que abren surcos. Él no deja de abrir surcos, desde sus primeros cuadros, con una pasión intransigente y sin compromisos, generalmente viviendo una inquietud patética. Se llama pintura, cierto, pero imponiendo una doble postulación, llegar a un arte rigurosamente respetuoso de la cualidad plástica, para expresar por él las verdades humanas y espirituales que descubre.

Si la música, después del admirable pensamiento de Charles Baudelaire, surca el cielo, la pintura en ese sentido la puede igualar, con la condición de siempre profundizar ella misma. Se requiere un gusto de lo absoluto.

CRUCE CON EL

A pesar de la molestia que le hice pasar a Marta Colvin, con la indignación de Berthol por mis comentarios en relación a mi pintura, gracias a que nos unía una gran amistad de cuando yo le había posado para un retrato en esos tiempos de estudiante y ahora con la estadía en Francia, en que convivíamos tanto, se acentuó nuestra relación. Compartíamos largas horas de conversaciones de gran afectividad. Esta buena relación le permitió a Marta llamarme y me invitó a ver una exposición de Vasarely. Era enero, como a las dos de la tarde, y no había nadie en las tres salas de la exposición, sólo una escribiente en una esquina. Eso para nosotras no tenía ninguna importancia, porque en esas fechas nadie entendía otro idioma que no fuera el francés. Nos pusimos a intercambiar planteamientos o, mejor dicho, a discutir, porque para ella esas obras no le decían absolutamente nada, las encontraba muy frías y no se explicaba que me pudieran interesar. Le contesté que no sólo me interesaban, aún más me emocionaban. Lo que pasa es que tú les pides algo físico, una cierta representación. Si ves en una tela que algo chorrea, un pequeño surco rojo, a ti te impacta emocionalmente. El problema mío es otro, debemos aceptar que tenemos sensibilidades diferentes, la tuya sufre o goza con lo físico y esta otra sensibilidad es mental y está fuera de esa interpretación. No es que seamos fríos, pero para nosotros el sufrimiento y la alegría están fuera de nuestro razonamiento.

Estábamos en este intercambio de manera de pensar, cuando la secretaria suspende su trabajo y me pregunta si quiero conocer a Vasarely. Naturalmente era lo único que deseaba y lo que había esperado tantos meses. Ahora todo parecía tan fácil, la secretaria lo llamó y él vino a conocerme. Le expliqué lo imposible que me resultó conocerlo y que el primer semestre tomé clases de pintura con Berthol, que es un pintor informalista y que no tiene nada que ver con su tendencia, pero en la beca me exigían que sacara un certificado de estudios. Le hice saber que era Catedrática de la Universidad de Chile, que estaba disfrutando de una beca en Francia y que lo único que me interesaba era la geometría, que había abandonado la pintura y que hacía dos años que me dedicaba a la geometría. Mis aspiraciones eran mostrarle mis obras y tener alguna opinión suya. Me oyó y me dio su tarjeta con los teléfonos, y me dijo: cuando tenga tres o cuatro cuadros me llama y yo iré a vérselos. Me fui muy feliz,

pero pensando cómo resolvería el efecto del clima de París, que hacía demorar tanto el secado de las pinturas. Pensé que lo más simple era que comprara una cantidad de papeles en una papelerie, de diferentes colores, y los usara como collages. Con esto encontré una rápida solución y empezaría inmediatamente con la elaboración. Así, estuve como un mes trabajando en mi pieza del hotel, que era alfombrada y me permitía estar en el suelo en cualquier pose. Fui cortando papeles con diferentes posibilidades, hasta que fueron resultando algunos de éstos como posibles. Comencé a realizar una selección. Cuando ya consideré que tenía un número posible, tuve la valentía de llamar por teléfono a Vasarely. Él me fijó un día y una hora para verme. Estaba sumamente nerviosa y no sabía dónde recibirlo.

Mi pieza del hotel de becados era en el séptimo piso y no había ascensor, lo que resultaba bastante cansador. Resolví hablar con la persona que administraba el edificio y consultarle si era posible, por un corto tiempo, que me permitiera recibir a este artista tan importante, que venía a ver mis trabajos, en un recibo ubicado en el primer piso. Todo resultó bien. Vasarely llegó a la hora indicada. Empecé mostrándole mis pinturas de dos años atrás, que eran ya geométricas, y también una cantidad de diapositivas. En seguida, le exhibí los collage hechos en esos días anteriores, en un mes o poco más. Me faltaba mostrar lo pintado bajo la dirección de Berthol. El motivo era una naturaleza muerta que el profesor la puso exclusivamente para mí y en la cual trabajé casi seis meses, todas las mañanas. Berthol quedó muy admirado que la trabajara tanto tiempo y no se notara. Me dio un espléndido certificado del primer semestre. De todos los trabajos, el que más le interesó a Vasarely fue especialmente esta naturaleza muerta. Encontró que, a pesar de ser hecha del natural, era completamente abstracta. Manifestó que esta pintura, según el colorido, le recordaba el color de los grandes maestros. Que mi tendencia era de concepción geométrica bastante definida, que podía hacer lo que yo quisiera. Esto me permitió interesar a Vasarely. Me dio un certificado en el que pedía que se me diera una nueva beca por otro año.

Aparecía en el taller a ver lo que yo pintaba y aprovechaba de corregirme lo que estaba planteando, trataba que yo entendiera, pero me decía: tienes la cabeza llena de cuadros, piensa en otra

forma, lo que estás aprendiendo es otra cosa. Me parecía que no iba a ser capaz de entender y mi beca se terminaba, y yo estaba en veremos. Lamentaba tener que volver, al no haber asimilado en este tiempo lo que me faltaba, pero por desgracia para mí tenía que volver. Aquí estaba mi marido y mi hijo. Me habían esperado por un año y la beca, aunque me la ofrecieron, no podía aceptarla.

Compartí taller con los integrantes del Grupo Recherches. Las nuevas tendencias se apoderaron de la escena abstracta, incluso la chilena, y la exposición del año 60 en Estocolmo del grupo fue el punto de partida de su importancia.

Marta Colvin, mi amiga de siempre, fue especialmente a despedirse, mientras tomaba el avión para volver a mi mundo de siempre.

Volví a Chile sin alcanzar a terminar mis estudios. No esperé, sino que seguí estudiando gracias a los libros y apuntes que me facilitó Vasarely. Traía bastante material, pero tendría que resolverlo sola. Además, no estaba dispuesta a perder lo que había aprendido, a pesar de la soledad en que me encontré al llegar. A nadie le interesaba estos nuevos conocimientos y el grupo al que yo pertenecía se llamaba Rectángulo. Sólo les atraía el uso de la tela, pintura y pincel. Con esto quedó claro que yo ya no podía pertenecer a ese grupo, lo que significaba que tendría que seguir definitivamente sola. Comencé a experimentar nuevas posibilidades, siempre dentro de la geometría, hasta lograr el camino hacia lo cinético.

Desde ese momento empecé a estudiar diferentes cambios, ya que estaba en condiciones de resolver una o más variantes. En esos días se me invitó a exponer en el Ministerio de Educación, en una exposición denominada "Cuatro pintoras, cuatro tendencias". Esa misma exposición fue llevada a la Universidad del Norte, en Antofagasta. Soy nombrada Comisaria de la exposición y tengo que dar charlas.



Con mi hijo Gustavo en Barcelona, 1971.

